

Servando Rocha

De fuego cercada

Geografía secreta de Madrid

Alianza editorial

Primera edición: noviembre de 2024

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Imagen de portada: Auguste Chevallier, *Planchette Photographique* (1866), Technisches Museum, Viena, Austria.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Servando Rocha, 2024
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-829-7
Depósito legal: M. 15.876-2024
Printed in Spain

Índice

Prólogo. El álbum	13
Introducción: caminos deseantes	19
1. Un fantasmal Puerto del Sol	
Un «aeronauta daguerrotipista»	41
Historia de la oscuridad	54
Jugando al escondite	71
El enigma de los ojos	77
Recuento de desapariciones	87
La banda de la Sagrada Cripta	94
Tzara	100
Benditas ruinas	112
La ciudad odiada	123
<i>Flâneurs</i>	134
2. Calaveras, fuegos y subterráneos	
El rayo de la muerte	145
Museo del horror	157
Putas y vórtices	167
Historia del fuego	179
El otro mapa de Ribalta	191
Bajo tierra	197
Viajes imaginados	207
Marinetti	222

Historia del agua	229
La ciudad invertida	237
3. Bestiario	
Sala X	247
Galería fúnebre	256
Las flechas de Diana y las bestias	260
No olvidar jamás	276
4. Nosotros, los muertos	
«Metafísica de la luz»	285
Buscando el cadáver	291
Un paseo por el cementerio	297
Tan cerca	305
5. Navegando a muerte	
La mujer de la foto	321
El anarquista	323
La vida siempre rima	339
El barco y la tripulación	355
Perucha	368
Esclavos	374
Ser una sombra	378
El triunfo de la nada	382
La ciudad inexistente	392
Agalma	400
Agradecimientos	413
Bibliografía y fuentes	415

Al camino del deseo que hay junto a mi casa
y que cada mañana atravieso.

A la memoria de José Luis Egea,
caminante y memorialista.

«Tal lo hallaron los embajadores
En la su villa, de fuego cercada,
Cuando le vino la gran embajada
De bárbaros reyes y grandes señores».

Juan de Mena, *Laberinto de fortuna* (circa 1481)

«Lejos del mapa o de la narración, más allá de las líneas imaginarias
que movilizan el deseo, se extiende el camino real que hay que seguir».

David Le Breton, *Elogio del caminar*

«Rompe y luz».

Leyenda del primer borrador de escudo para Madrid (1550)



José Ribalta Camós junto a su esposa e hijo en el Retiro madrileño (1916).

Prólogo. El álbum

«Hay que averiguar todo lo que se pueda saber acerca del lugar que se ha elegido. Y luego hay que trascenderlo».

Iain Sinclair, *Los ríos perdidos de Londres*

A veces los muertos nos hablan a través de fotografías y placas de vidrio encontradas en viejos y destartados anticuarios. También los objetos encontrados acaban por encontrarnos. José Ribalta Camós dio conmigo una luminosa mañana de domingo. Era mayo en Madrid. Era el tiempo del dolor y la esperanza, y la ciudad se despertaba poco a poco de un necrófilo letargo tras una pandemia y un buen puñado de mentiras. Las calles absorbían toda la negatividad de los necios, devolviéndola convertida en miedo y una euforia desmedida que presagiaba nuevas tormentas. Nada volvería a ser igual. Buscaba la fortaleza, todos mis puntos de conexión allí donde siempre lo hacía: en paseos, historias y memorias, en la piedra, el ladrillo y bajo las capas de tierra y lodo acumuladas, en libros antiguos, mapas y manuscritos.

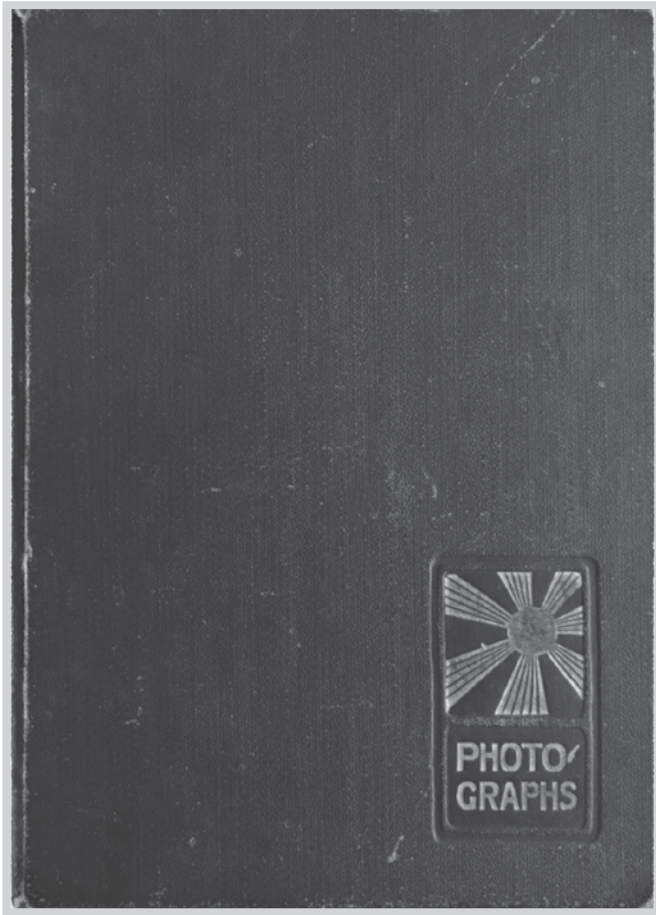
Esta ciudad, tan impertinente y obstinada, se negaba a desaparecer. Cada mañana bendecía esa terquedad y, al anochecer, robando el tiempo al día, pasaba a limpio mis notas. Trabajaba con huesos. Quería certificar lo que aún resistía.

Durante una de mis frecuentes visitas al Rastro de Madrid, di con un viejo álbum de fotos, un cuaderno de tapa dura verde oscuro y tamaño mediano (19 × 14 cm) con la mención «Photographs». En su primera página se leía «Fotos Herrero» y contenía cerca de medio centenar de fotografías pequeñas, algunas de ellas fácilmente identificables y fechadas alrededor de 1910. En varias de estas un hombre posa junto al lago del parque del Retiro, en ocasiones acompañado de

un niño de corta edad (su hijo, quizás). Incluso las fotografías parecen corresponder a dos días distintos, aunque se repita el lugar, porque el niño viste diferente. En otra, el hombre está apoyado en una de las barandillas del lago y mira fijamente a la cámara, mientras el niño se sienta a su lado, un tanto aburrido, junto a una mujer muy seria —puede que su esposa— que hace lo mismo y levanta un poco la barbilla, cubierta con un ancho y elegante sombrero de época. Otra fotografía es de otro hombre (¿su hermano?), junto al mismo niño. También hay imágenes de plazas de toros, playas o calles; en una de estas últimas hay un antiguo tranvía y, en lo alto de este, un enorme cartelón publicitario que reza: «Leed *Sol* y sabréis lo que ocurre en nuestro país y el mundo entero». También hay vistas a un aeródromo; a los pies de una avioneta, a lo lejos, un hombre, posiblemente el otro que aparece en la secuencia, quizás su hermano, mira a la cámara en medio del páramo.

Aquel hombre, que se repite una y otra vez, sin duda el protagonista del álbum, posa relajado, a veces sonriente, pero siempre en una postura formal, luciendo un ancho bigote, con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Viste un correcto traje oscuro y sombrero de la época y debe de tener unos treinta años. Ese rostro, por distintas razones, me intrigaba enormemente. Mientras hojeaba el álbum, ya en casa, di con un recibo del estudio fotográfico Herrero. Con una caligrafía exquisita, podía leerse el coste del revelado y del álbum de fotos (dos pesetas), junto a la fecha de 26 de mayo de 1916. También figuraba un nombre, el de aquel individuo de mediana edad, José Ribalta Camós, y una dirección: calle de la Cruz 31, 2.º izquierda, Madrid.

Las fotografías anónimas siempre tienen algo de enigmáticas. Sus protagonistas parecen interrogarnos, contarnos un secreto. Los fantasmas son obstinados. Las ausencias, ese desfile de rostros congelados en papel fotográfico, exigen su derecho a ser escuchados. A veces basta con mirarlos a los ojos, detenernos en una mano colocada en una determinada posición, fijarnos en la tensión del cuerpo, en el decorado a punto de derrumbarse, todos y cada uno de los testimonios acerca de un pasado que, paradójicamente, aunque este ya pasó, sigue estando *aquí*.



Portada del álbum de José Ribalta Camós.

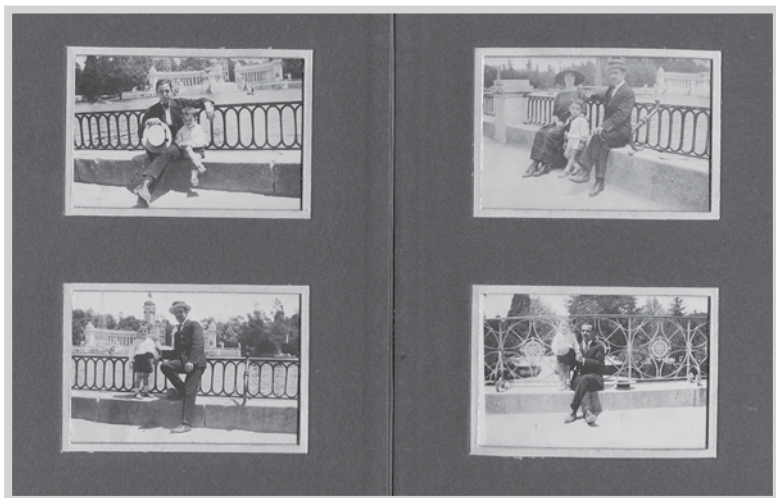
El álbum no solo era un hermoso objeto sino un misterio en sí mismo. Y yo quise resolverlo.

Sin esperar nada extraordinario, impulsado como siempre por la curiosidad, hice una búsqueda rápida de su nombre y apellidos en internet. Varias entradas se referían sin duda a individuos distintos, casi todas demasiado actuales, pero una de ellas, perteneciente a una revista médica digitalizada en la Biblioteca Nacional y fechada en 1923, men-

cionaba a una persona con su mismo nombre y apellidos que, según leí, había ejercido en Madrid entre 1906 y 1916, momento en que según esta publicación aquel «doctor, sin duda singular y pionero en ciertas patologías de los ojos y técnicas quirúrgicas, había desaparecido sin que jamás se supiera nada más de su paradero».

En la hemeroteca pude averiguar algo más. Una pequeña noticia publicada en junio de 1916 en *El Heraldo de Madrid* señalaba que la policía seguía sin dar con el paradero del «prometedor doctor Ribalta», añadiendo además que el extraño suceso había dejado desolados a su esposa e hijo de corta edad, posiblemente los mismos que aparecían en las fotos.

Así que Ribalta, un buen día, había desaparecido sin más. La pista más interesante, aunque igualmente desconcertante, se sabría días después del suceso. Un colega suyo, residente en Barcelona y también médico, había recibido una escueta e inquietante carta suya que decía lo siguiente: «Mi intención es caminar en dirección norte, desde mi domicilio hasta el final de la ciudad, y una vez allí salir de esta a pie. Mi único impulso es el Deseo». Y luego, al parecer, absolutamente nada.



En la primera imagen, posiblemente el hermano de Ribalta junto al hijo de este. En el resto, Ribalta junto a su familia frente al estanque del Retiro.

Volví a abrir el cuaderno verde. Observé su rostro, la intensa mirada de aquel hombre. El misterio se alimenta de más misterio. Debía atender, una vez más, a las sombras. ¿Hasta dónde llegaría para intentar saber algo más sobre este? ¿Qué sucedió con Ribalta y, sobre todo, qué significaba aquella última carta en la que hablaba del deseo y de un plan para abandonar la ciudad a pie?

Entonces reparé en algo a lo que al principio no le había prestado suficiente atención. La dirección que figuraba en el recibo me era familiar. Yo mismo, tiempo antes, la había leído en unas famosísimas memorias que comenzaban así: «El 16 de octubre del año del Señor de 1869, estaba en Madrid, calle de la Cruz, recién llegado de la masacre de Valencia. A las diez de la mañana Jacobo me trajo un telegrama que contenía las siguientes palabras: “Venga a París. Asunto importante”». Pronto confirmaría mis sospechas. Se trataba de exactamente la misma casa y el mismo piso (calle de la Cruz 31, 2.º izquierda) de Ribalta, aunque con una diferencia de varias décadas. Y el remitente de la misiva no era otro que el mismísimo Henry Morton Stanley, entonces periodista y futuro explorador, déspota y negrero contumaz. El «Rompedor de Rocas», como lo conocerían, un tipo temido y odiado por tantos que, durante un tiempo, fue uno de los nuestros, todo un «hijo del sol».



Mapa de Madrid (1905) con la línea del deseo que podría haber seguido Ribalta. Instituto Geográfico Nacional.

Introducción: caminos deseantes

«Yo me he vaciado los ojos para ver mejor».

Ramón Gómez de la Serna, *Variaciones*

Es mayo de 1869 y Stanley vive en el número 31, 2.º izquierda, de la calle de la Cruz, colindante con el callejón del Gato, donde Ramón del Valle-Inclán sitúa el origen simbólico del esperpento en *Luces de bohemia*. España, un proyecto siempre en construcción, es un país con el orgullo herido que solo puede ser contemplado a través de espejos cóncavos.

Cada mes paga quinientos reales a Jacinto Luna Torres, un conquinense al que el huésped, en un alarde clasista, convierte en su autobiografía en su fiel criado Jacobo. El inmueble es modesto y el bullicio del centro se cuele día y noche por las ventanas. La zona es un foco de hampones, borrachos y prostitutas, que Stanley sorteja con desdén hasta llegar al cercano Congreso de los Diputados. Presidiendo a cada lado su escalinata, están los famosos leones Daoíz y Velarde, copiados al natural en París por un escultor. Por entonces no eran de bronce sino de piedra. Cuando se sustituyan por los de bronce, el país necesitará un poco de autoestima nacional. Aunque sea gracias a una mentira, otra más. Es así como se crea una leyenda: se aseguró que el bronce estaba fundido con cañones tomados a los marroquíes durante la guerra de África, pero en realidad se hicieron en una fábrica de bronce sevillana con lo que se tenía a mano. Nunca fuimos tan fieros, pocas veces se nos tomó realmente en serio, y muchos periodistas hacían bromas con aquellos leones; un ejemplar estaba muy cerca de allí, en la Casa de Fieras del Retiro, compartiendo pacíficamente su jaula con un perro que suele mover el rabo en cada visita. Sin embargo, Madrid vive rodeada de leones, en los nombres de posadas, cafetines y calles, en alguna casa

particular y hasta en la plaza de toros, donde cada cierto tiempo los fieros animales se enfrentan a toros en combates a muerte, entre polvo, rugidos y sangre.

La transición entre un lugar y otro es casi inmediata, apenas cinco minutos. Las campanadas de la inmediata Puerta del Sol lo pillan desprevenido, pero él solo tiene que sumarse a la muchedumbre que fluye en dirección al Prado, arrastrándolo y empujándolo hacia delante, donde sesenta mil soldados forman tres larguísimas columnas que esperan en silencio la orden de marchar ante las Cortes. Se teme a la anarquía y la insurrección a las que unas décadas antes cantó el poeta Percy Shelley en «The Masque of Anarchy». Para Stanley es como si su voz se proyectase y expandiera como un rayo de luz sobre la multitud que abarrotta las calles: «Levántense, como leones tras un breve sueño / en un número invencible», escribe Shelley. El milagro de Daoíz y Velarde convertidos en leones reales.

Henri Regnault, un pintor que visita nuestro país el mismo año en que llega Stanley, es también testigo de los hechos. Al alcanzar la Puerta del Sol, la muchedumbre lo aborda. Hay gritos y banderas ondeando. Una de ellas, roja y negra, reza «Soberanía nacional». También hay gritos contra los Borbones y la reina, mientras una montaña humana se alza para intentar llegar hasta el balcón del Ministerio de Gobernación y colgar la enseña. Un sinfín de hombres trepan por el edificio como gatos sirviéndose de las tuberías de plomo para el gas y de cuerdas que les lanzan desde abajo. Un soldado sale a una de las ventanas e intenta evitar que se cuelguen de las banderas, pero recibe una lluvia de bastones y hasta paraguas, que destrozan algunos cristales. No hay monumento, escudo o rótulo aludiendo al rey o la reina que no sea atacado o demolido al instante. Es la democracia armada, la fiesta de la revolución. Los guardias a caballo, que inicialmente despiertan el terror en muchos, arrancan sus galones y los lanzan a una multitud que los vitorea como héroes y los abrazan. Algunos lloran mientras son llevados en volandas.

Es la ciudad en movimiento, una confusa mezcla de espíritu provinciano y modernidad. Se vive en una época crepuscular. Los viejos portones que aún rodean el recinto urbano se cierran a las diez de la

noche durante el invierno y una hora más tarde en verano. Los portillos, en cambio, lo hacen un poco antes, a las nueve. Tan solo subsisten las antiguas puertas de Alcalá, Toledo y Bilbao.

A mediados del siglo XIX París superaba el millón de habitantes, mientras que Londres lo duplicaba. Madrid, con solo doscientos mil habitantes, tenía unos índices de densidad de población muy superiores a estas dos ciudades europeas; mientras que en Londres a cada habitante le correspondía una superficie de cien metros cuadrados, en París es de treinta y cuatro y en Madrid de veintiséis. Así nos podemos imaginar una ciudad laberíntica y populosa y, en extramuros, el mismo hacinamiento alrededor de actividades nocivas e insalubres propias de una exigua y modesta industria que abastece el centro.

Existen hasta once arrabales: Tetuán, Chamartín, Prosperidad, La Guindalera, Ventas del Espíritu Santo, La Concepción, Vallecas, Toledo, San Isidro, Segovia y Manzanares. La ciudad cuenta con unas dimensiones modestas comparadas con las de la posguerra y, más aún, con las actuales, un monstruo en continua expansión. Aquella urbe es abarcable. Aunque nadie lo hace. Más allá de los límites de la ciudad reglada, con sus servicios, restaurantes y calles medianamente iluminadas, se entra en un mundo desconocido y con pocos atractivos. Es el país del hampa, la pobreza, las aguas insalubres. Visitar aquellos horrores implica arriesgar el pellejo y taparse la nariz ante hedores, pozos negros y enfermedades. Son las zonas oscuras, los dominios de la ciudad tenebrosa.

Pocos se atreven a aventurarse hasta esos parajes. «El madrileño no es amigo de recorrer los alrededores de la villa —cuenta *El Imparcial* unos años más tarde, en 1897—. La falta de atractivos de esos campos yermos, sembrados de casucas de irregular construcción y de pobre aspecto, hace poco agradable el paseo. No es, pues, extraño que el vecino del centro no distinga de nombres y llame a las zonas del extrarradio con la designación genérica de “afueras de Madrid”».

Existe un Gremio de Tabernas de las Afueras de Madrid, lo mismo que gerifaltes de las afueras que imponen su ley a fuerza de garrotazos y navajas. Nadie se deja caer por ahí. De vez en cuando un periodista y muy pocos escritores, pero casi ningún bohemio o romántico, que gra-

vitan alrededor del circuito de tertulias y tabernas del centro. Tendrán que pasar décadas hasta que varios médicos, enviados por el ayuntamiento, realicen informes, que acompañaron con impactantes fotografías de corralas destartaladas, patios de vecinos miserables o chabolas que llegaban a la calle Toledo, Embajadores o Lavapiés (aunque el polémico escritor Pedro Luis de Gálvez afirma que «en Chamberí está toda la gracia *repuñalera* de los Barrios Bajos, no en El Avapiés») y descendían hacia abismos como los poblados chabolistas de las Cambroneras o las Injurias, situados a ambos lados de la actual Glorieta del Marqués de Vadillo.

Stanley debe esquivar, tomar atajos, quitarse de en medio para no ser arrollado. Existen «tranvías de fuego» que enlazan el centro con las afueras y que, en realidad, son pequeñas locomotoras. Los primeros tranvías, tirados por mulas, tienen capacidad para muchas personas, ya que cuentan con dos pisos. Cubren el trayecto de Puerta del Sol al barrio de Salamanca. El problema son las pendientes. Las bestias se emplean a fondo, instigadas por una jauría de encuarteros y mozos que las azotan y gritan. Finalmente, en octubre de 1898, se inauguran oficialmente dos líneas de tranvías de tracción eléctrica (Sol-Serrano y Sol-Hipódromo). Faltan apenas un par de años para que aparezcan los primeros tranvías amarillos (trayecto Sol-Salamanca), conocidos como los «canarios», por su aspecto exterior, y diez más para que hagan su aparición los faroles eléctricos, apoteosis absoluta de la belleza de fin de siglo. Esta es una ciudad de contrastes. Luz y oscuridad. La divinidad y la sospecha de que aquí el diablo siempre anda suelto.

Llega casi una hora antes de la promulgación del nuevo gobierno surgido de «La Gloriosa», como se conocerá el pronunciamiento militar de septiembre de 1868, cuando el almirante Topete, en la bahía de Cádiz, junto a los generales Prim y Serrano, intentan acabar con la monarquía. En Madrid se crean juntas revolucionarias y se organizan milicias populares. Todos se arman. Pero las ansias republicanas por un gobierno radical se esfuman pronto. Falta tan solo un año y medio para el principio del fin: es invierno, la nieve cae copiosamente, y la carroza de Prim, tras ser acorralada por un grupo de asaltantes embozados, es

tiroteada. Prim logra esquivar el primer disparo, pero no el siguiente, y se desploma, retuerce, palpa su cuerpo para creer lo que ha pasado. El asesino cumple las órdenes de otro que, furioso, grita: «¡Fuego, puñeta, fuego!»». El pistolero, obediente, así lo hace.

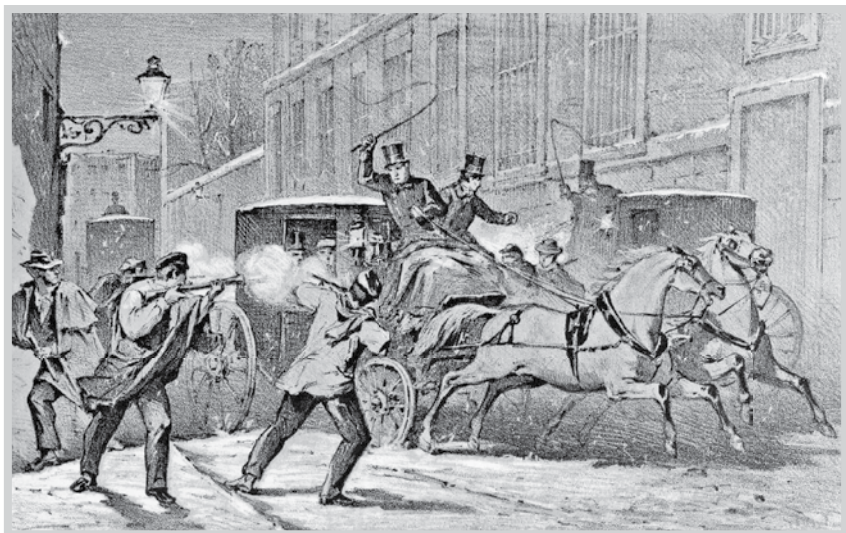


Ilustración que muestra el asesinato de Prim. N. González (1870). BNE.

Stanley no estará en la capital cuando suceda el atentado. Ahora, sin embargo, lo tiene delante. Prim está vivo y coleando. Y «bilioso». Leed su descripción, como corresponsal del *New York Herald*, acerca del hombre más poderoso del momento: «Prim presentaba un aspecto notablemente bilioso». Hay una conjura tras todo esto, un acertijo irresuelto. ¿Quién lo mató y, sobre todo, quién o quiénes estaban tras el plan criminal?

Los reyes se resisten. La monarquía siempre está dispuesta a embarcarse en un nuevo fangal, fundar una nueva intriga, y nuestra ancestral mala baba se extiende por todo el país, donde pronto se desatan verdaderas batallas sangrientas con los infatigables y numerosos carlistas que odian el progreso, sobre todo fábricas y ferrocarriles, y por su-

puesto el liberalismo. Son la banda primitiva. Dinamiteros de la tecnología, luditas por Dios y el Rey que festejan los incendios y las explosiones: «El incendio de la estación aquella había sido muy hermoso —afirma emocionado Ignacio, el protagonista partidario de don Carlos en la novela de Unamuno *Paz en la guerra*— y mucho más hermoso ver la máquina suelta a todo vapor hacerse añicos. Los trenes eran la mejor ayuda a los negros [los liberales]; los trenes, invención de Lucifer, impedían el desarrollo de la guerra, eran el enemigo y un potente medio de liberación. ¡Grande encanto el de destruir aquellos artefactos, verlos hechos trizas!». La belleza de la destrucción.

«¡Viva la libertad!», grita alguien, y la multitud contesta con un «¡Viva!», que resuena en toda la zona. Veinte mil personas se muestran impacientes y nerviosas, hasta que un soldado, tras recibir toda clase de insultos, pierde los estribos y arremete contra un hombre, al que golpea fuerte en la cabeza con su fusil, y este, que no se amilana, le responde con un bastonazo. Hay que tener cuidado. Siguiendo una moda francesa —otra más—, se popularizan los bastones cuchillos, o bastones pistola, que salen a relucir por doquier. La soldadesca lanza bayonetazos a bulto con sus mosquetones, tocando carne y hueso, y desangrando, dejando un reguero de cuerpos en el suelo. Un par de hombres mueren por las heridas. «Si nada se hubiera hecho al respecto, aquella fecha memorable podría haber terminado en otra revolución —escribe Stanley para el periódico—, con lo que la nueva Constitución hubiera sido asfixiada en su nacimiento. Pero el buen tino del general Milans del Bosch, gobernador militar de Madrid, al lanzar al aire un nuevo y entusiasmado “¡Viva la soberanía nacional!”, incitó a que el gentío y la airada multitud, próximos a las Cortes, lo hiciera resonar, rotundo y claro, una y otra vez». Así, por medio de estallidos imprevisibles, acontecen las insurrecciones.

Aunque hoy no.

Stanley no pega ojo esa noche. La ciudad hierve y las calles están colapsadas. Hay gritos y ruidos de cohetes que explotan y sonidos de cristales rotos. Los cascos de los caballos son continuos, mientras las riñas se suceden hasta casi el amanecer. No importa que la siguiente descripción sea casi setenta años después, en los días de la guerra. Y no impor-

ta, porque entonces todo seguía igual en esta ciudad en la que «entre la noche y el día no hay más que mala leche y miseria», como afirma en *Hombres made in Moscú* Enrique Castro Delgado, un desencantado mando comunista que pateará esas mismas madrugadas y amaneceres del futuro explorador, acompañado a lo lejos por el sonido de las detonaciones. «Los traperos maldicen mientras hurgan en los montones de basura —nos lo cuenta él, testigo de todo esto, que se detiene y observa y, tras apurar el paso, anota—, sus burros se ensucian sin respeto para las ordenanzas municipales, los obreros se mean en donde no se puede orinar de día, prostitutas y señoritos vomitan sus borracheras ante los pórticos de las iglesias o ante las estatuas de los mejores o peores hombres de nuestra historia, los perros ladran a la gente, los taberneros falsifican café y aguardiente, los bebedores procuran marcharse sin pagar, los serenos blasfeman en voz baja de un contar de calderilla solamente, los mendigos dejan sus piojos y mal olor en los quicios de los portales de las casas de lujo». Aquel Madrid, cuenta Delgado, ese Madrid maldito, siete veces maldito, como gritarán los falangistas, que «cuando se despierta huele a mala leche y orines, a miseria y golfería».

Stanley, acomplejado por su aspecto físico (apocado, escasamente agraciado, más bien bajito) y de origen humilde, aquel bastardo galés mentiroso compulsivo y con rasgos de psicópata, creador de autobiografías ficticias para labrarse un pasado distinto, ese hombrecito está llamado a ser uno de los grandes personajes de su tiempo y de la exploración por el continente africano, aún en gran parte desconocido para Occidente. En apenas tres años será mundialmente famoso tras localizar al misionero y también explorador David Livingstone, perdido en el corazón de un África todavía misteriosa.

La brújula debe sufrir algunos ajustes, tan solo unos metros más abajo, apenas un par de calles. Antes de la calle de la Cruz, nada más llegar a Madrid, Stanley pernocta unos días en el desaparecido hotel de Los Príncipes de la Puerta del Sol y, poco después, en el hotel Americano de la calle Preciados, a escasos metros uno de otro.

El explorador cambia en su biografía algunos datos de forma que todo encaje en una historia hecha a medida para el personaje que desea